

DE LA CONVERSIÓN A LA SANTIDAD

Teología de la perfección cristiana

CAPÍTULO 7: MÍSTICA Y CONTEMPLACIÓN

3.3.3. Definiendo

El constitutivo esencial de la mística que la separa y distingue de todo lo que no lo es, consiste en la actuación de los dones del Espíritu Santo al modo divino o sobrehumano, que produce ordinariamente una experiencia pasiva de Dios o de su acción divina en el alma.

Vamos a examinar despacio cada uno de los términos de esta tesis o definición esencial de la mística.

«**El constitutivo esencial...**» —No nos referimos a una característica exterior o señal psicológica para distinguirla de lo no místico, sino a su nota típica, *esencial*, que la constituye intrínsecamente en su propia razón específica.

«**... consiste en la actuación de los dones del Espíritu Santo al modo divino o sobrehumano.**» —Que la experiencia mística sea efecto de la actuación de los dones del Espíritu Santo al modo divino o sobrehumano, es una conclusión *ciertísima* que ha sido admitida por todas las escuelas de espiritualidad cristiana sin excepción.

Esa actuación de los dones constituye la *esencia misma* de la mística. Cada vez que actúa un don, se produce un *acto místico* más o menos intenso según la intensidad con que haya actuado el don. Y cuando la actuación de los dones es tan frecuente y repetida que empieza a *predominar* sobre el ejercicio al modo humano de las virtudes infusas (característico de la ascética), el alma ha entrado en pleno *estado místico*; siempre relativo, indudablemente, ya que los dones nunca actúan—ni aun en los grandes místicos—de una manera absolutamente continua e ininterrumpida.

La actuación de los dones del Espíritu Santo al modo divino: he ahí el elemento primario y *esencial*, el constitutivo íntimo de la mística, que, por lo mismo, no falta nunca en ninguno de los estados o momentos místicos. La *experiencia de lo divino*—que vamos a examinar en seguida—es una de las más frecuentes y ordinarias manifestaciones de la actuación de los dones, **pero no es absolutamente esencial**, puesto que puede fallar, y falla de hecho, en estados indiscutiblemente místicos, como son las *noches* del alma y otras pruebas purificadoras pasivas. **Lo que no falla nunca es la manera sobrehumana** con que el alma practica las virtudes como efecto natural de haber actuado sobre ellas los dones del Espíritu Santo. En esta manera sobrehumana de obrar caben evidentemente muchos grados, que dependen del grado de perfección en que el alma se encuentra y de la mayor o menor intensidad con que haya actuado el don; pero siempre se da cuando el alma está efectivamente bajo la acción de los dones. Y el director espiritual prudente y experimentado que se fije en la forma: de reaccionar del alma podrá descubrir sin esfuerzo el régimen de

los dones aun en aquellas situaciones—tales como las *noches*, sobre todo las del espíritu—en las que a la pobre alma le parece que está lejísimos de Dios y aun de su amistad y gracia.

«... que produce ordinariamente...»—La *experiencia de lo divino*, que vamos a examinar inmediatamente, es, ya lo hemos dicho, una de las más frecuentes y ordinarias manifestaciones de la actuación sobrehumana de los dones, hasta el punto de que apenas se abstraen a ella otros estados místicos que los de las *noches* del alma. Pero es suficiente que éstos escapen a esa experiencia—a pesar de ser místicos en toda la extensión de la palabra—para que ya no se la pueda colocar como nota típica y esencial de la mística. Lo ordinario, lo normal, lo más frecuente en los estados místicos es esa experiencia de lo divino; pero pueden darse, y se dan de hecho, estados místicos en los que esa experiencia está muy lejos de producirse. Durante las terribles *noches* y purificaciones pasivas—sobre todo en la llamada *noche del espíritu*—, el alma relaciona su estado interior de terrible oscuridad con cualquier causa que se le quiera señalar a *excepción de Dios*. No solamente no le siente a Él ni su divina acción, sino que le parece claro que está *lejísimos* de Él y, a veces, hasta *reprobada de Dios*, según expresiones de Santa Teresa¹, confirmadas por San Juan de la Cruz. Escuchemos al Místico Doctor describiendo las horrendas torturas de la *noche del espíritu*:

Pero lo que esta doliente alma aquí más siente es parecerle claro que Dios la ha desechado y, aborreciéndola, arrojado en las tinieblas; que para ella es grave y lastimera pena creer que la ha dejado Dios... Porque verdaderamente, cuando esta contemplación purgativa aprieta², sombra de muerte y gemidos de muerte y dolores de infierno siente el alma muy a lo vivo, que consiste en sentirse sin Dios, y castigada y arrojada, e indigna de Él, y que está enojado, que todo se siente aquí; y más, que le parece que ya es para siempre³.

El alma, pues, bajo estos estados místicos está muy lejos de sentir una experiencia de Dios o de su divina acción en ella. Y no se diga que, aunque el alma no lo sienta ni perciba, está de hecho bajo la acción divina, que le produce esas angustias y torturas. Ciertísimo: pero el alma de hecho *no la siente, no tiene experiencia de ello*, sino precisamente de todo lo contrario: le parece que está lejísimos de Dios y abandonada de El para siempre. Si a esto se le quiere llamar *experiencia de Dios*, confesemos que hemos de variar el sentido obvio de las palabras para darles otro completamente distinto del que tienen.

Es preciso notar, sin embargo, que también en el período de las «noches» cabe la experiencia de Dios, porque en ellas hay paréntesis de *conciencia sobrenatural*, es decir, ocasiones en que se percibe la influencia divina, ya luminosa y deleitable, ya purificadora y dolorosa. Tiene efectivamente, a veces, el alma clara conciencia de que es Dios quien la aflige, aunque en largos períodos purificatorios esté lejísimos de poder relacionar con Dios lo que le ocurre, convencida de que es su culpa y miseria la sola explicación.

En cambio, el alma, en medio de esas espantosas torturas que le causa el sentimiento de la *total ausencia de Dios*, sigue practicando las virtudes en grado heroico, en forma más *sobrehumana* que nunca. Su fe es vivísima; su esperanza, superior a toda esperanza (puesto que la mantiene en pie a pesar de que le parece ver claro que ha perdido a Dios para

¹ Cf. *Vida*, 20.9; *Moradas sextas* 1.9.

² Fíjese bien el lector: se trata de un estado *contemplativo, místico* en toda la extensión de la palabra.

³ *Noche obscura* 2,6,2.

siempre), y su caridad es superior a toda ponderación; llegan incluso a resignarse a ir al infierno con tal de que en él puedan seguir amando y glorificando a Dios.

Por donde se ve que el único elemento místico que no falla nunca—ni siquiera en estas terribles *noches*—es la actuación sobrehumana de los dones, precisamente intensísima en estos estados purificativos. En cambio, falta en absoluto el sentimiento o experiencia de lo divino, que es sustituido por un estado psicológico diametralmente contrario.

De todas formas, es cierto—y lo admitimos de muy buena gana—que, si excluimos estas *noches* y algún otro fenómeno purificativo aislado, la experiencia de lo divino es el efecto *más ordinario y frecuente* de la actuación sobrehumana de los dones.

Vamos a examinar la naturaleza de esta experiencia, y en seguida precisaremos por qué unas veces se produce y otras no a pesar de actuar en uno y otro caso los dones del Espíritu Santo con su modalidad divina o sobrehumana.

«... **una experiencia...**» —Esta es una de las diferencias más radicales entre el estado místico y el ascético. El asceta vive la vida cristiana de una manera puramente *humana*, sin tener más conciencia de ella que la que le da la reflexión y el discurso. El místico, en cambio, *experimenta en sí mismo*—fuera de las excepciones señaladas—la realidad inefable de esa vida de la gracia. «**Los místicos son los testigos de la presencia amorosa de Dios en nosotros**» (De Grandmaison). ¡Qué hermosamente y con qué admirable precisión lo dice Santa Teresa! Hablando en las *Séptimas moradas* de la altísima comunicación de la Santísima Trinidad al alma transformada, escribe la insigne reformadora del Carmelo:

De manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, *por vista*, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendría El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos (Io 14,23). ¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es *oír* estas palabras y *creerlas*, a *entender por esta manera cuán verdaderas son!* Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma; en lo muy muy interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras, *siente en sí esta divina compañía*⁴.

Es verdad que no siempre las comunicaciones místicas son tan altas como ésta, pero siempre producen—fuera de las purificaciones pasivas o *noches* del alma—un sentimiento *experimental* de la vida de la gracia. *Oír y creer*: he ahí lo propio y característico del asceta. *Entender de una manera inefable, experimental*: he ahí el privilegio del místico. Recuerde el lector el caso admirable de sor Isabel de la Trinidad, que llegó a *experimentar* la inhabitación de Dios en el alma antes de haber oído hablar jamás de ella.

«... **pasiva...**»—Es otra nota típica de la experiencia mística. El místico tiene conciencia clara de que la experiencia que está gozando *no ha sido producida por él*. Se limita a *recibir* una impresión producida por un agente totalmente extraño a él. Está bajo la influencia *pasiva*

⁴ *Moradas séptimas* 1,6-7.

de una experiencia que no ha sido producida por él⁵, ni podrá retenerla un segundo más de lo que quiera el misterioso agente que la está produciendo⁶.

En efecto—escribe a este propósito el P. Joret—, leed atentamente las descripciones que nos han dejado las personas favorecidas del cielo, y llegaréis muy pronto a descubrir, entre tantos elementos variables, este fondo constante de su contemplación. Esta aparece siempre y ante todo como una *experiencia* sentida a través de una especie de *pasividad psicológica* del amor que domina y entraña toda su vida. Los místicos tienen la impresión, más o menos sensible, de una intervención en cierto modo *extraña a ellos*, y que se levanta, no obstante, de las profundidades de su ser para unificarlos en una tendencia a Dios y en una cierta fruición de Él, que establece la paz en su alma»⁷.

Este es un hecho psicológico admitido por todas las escuelas como nota típica de la experiencia mística: la *pasividad* del alma. Ya en el más remoto tratado de mística propiamente dicha que poseemos, el clásico *De divinis nominibus*, del Pseudo Areopagita, se encuentra la famosa expresión *patiens divina*, que repetirán después todos los teólogos y maestros de la vida espiritual como nota típica y característica de los estados místicos⁸.

Claro que se trata de una pasividad *relativa*, o sea, únicamente por relación a la causa agente principal, que es el Espíritu Santo; pero no de una *pura pasividad*, ya que el alma reacciona *vitalmente* bajo la moción del Espíritu Santo—«*consiente* la voluntad», dice Santa Teresa en el texto que acabamos de citar—, cooperando a su divina acción de una manera completamente *libre y voluntaria*. De esta manera se salva la libertad y el mérito bajo la acción de los dones.

«... de Dios o de su acción divina en el alma...» —Unas veces el alma siente *al mismo Dios* habitando dentro de sí de una manera clarísima e inequívoca, como en el texto de Santa Teresa citado más arriba. Otras es *su divina acción*⁹, que la va hermojeando y perfeccionando con maravillosos primores. Diríase que siente en lo más hondo de su espíritu el contacto del dedo del divino Artista, que va dibujando en él los rasgos de la fisonomía de Cristo. El alma se acuerda sin esfuerzo de aquella estrofa del *Veni Creator Spiritus* en que se habla del dedo de la diestra del Padre —*digitus paternae dexteræ*¹⁰—, que es el Espíritu Santo, que está trazando en ella los rasgos divinos de la silueta adorable de Cristo.

Cuestiones complementarias.

De lo dicho anteriormente caben hacer algunas precisiones.

a) No es lo mismo acto místico que estado místico.

⁵ «Sólo consiente la voluntad en aquellas mercedes que goza» (SANTA TERESA, *Vida* 17,1)

⁶ «No osa bullirse ni menearse, que de entre las manos le parece que se le ha de ir aquel bien; ni resolgar algunas veces no quería. No entiende la pobrecita que, pues ella por sí no pudo nada para atraer a sí a aquel bien, que menos podrá detenerle más de lo que el Señor quisiere» (SANTA TERESA, *Vida* 15,5).

⁷ *La contemplation mystique d'après Saint Thomas d'Aquin* (Desclée, Lille-Bruges 1927). p.103.

⁸ Cf. *De divinis nominibus* c.2: MG 3,648.

⁹ En definitiva, Dios mismo también. Ya que, como es sabido, en Dios no se distinguen realmente el ser y el obrar (cf., v.gr., I-II,3,2 ad 4.)

¹⁰ En la liturgia dominicana se lee *dextrae Dei tu digitus*.

Acto místico se llama a la simple actuación intensa de un don del Espíritu Santo al modo divino o sobrehumano. Estado místico se llama al predominio de la actuación de los dones al modo divino, predominio sobre el simple ejercicio de las virtudes infusas al modo humano. Se puede tener actos, transitorios, pasajeros, mientras que el estado implica una acción intensa y frecuente de los dones. No es pues un modo habitual, sino predominante de obrar. Un estado místico habitual y permanente, sin intermitencias, no se da jamás.

b) No es lo mismo mística que contemplación infusa.

Puede haber mística sin contemplación infusa, pero no puede haber contemplación infusa sin mística. La contemplación infusa es producida por los dones intelectivos – sabiduría, entendimiento- mientras que un alma puede ser guiada por los dones afectivos (ej. el don de piedad) produciéndose el acto místico, pero sin que se produzca la contemplación infusa –efecto de los dones intelectivos. Los actos de los dones afectivos se pueden multiplicar e intensificar, de manera que introduzcan al alma en el estado místico, sin que necesariamente se produzca la contemplación infusa (así Sta. Teresita era perfectamente mística -don de piedad especialmente-, pero sin gozar habitualmente de la contemplación). Pero como los dones del Espíritu Santo están en conexión con la caridad, crecen todos a la vez como los dedos de una mano (cf. S Th 1-2, 68, 5; 66, 2). Por eso, aún cuando puedan darse actos místicos no contemplativos, es moralmente imposible que el alma entre en estado místico sin que actúen alguna vez los dones intelectuales produciendo la contemplación infusa.

c) La ascética y la mística se compenetran mutuamente

La ascética (predominio del modo humano de practicar las virtudes) y la mística se compenetran mutuamente de tal manera que no se da nunca un estado puro ascético o un puro estado místico. El asceta procede a veces místicamente, y el místico como asceta. Llamamos sin embargo estado ascético a aquel en el que predominan los actos ascéticos y estado místico a aquel en el que predominan los actos místicos.

d) Como consecuencia aparece claro que la mística no es una gracia anormal o extraordinaria

... (como una gratia gratis data), sino que comienza en el estado ascético, y todos los cristianos participan más o menos de la mística, aún cuando estén en los albores de la vida espiritual.

Relaciones entre la perfección cristiana y la mística.

Hay dos posturas entre las diversas escuelas de espiritualidad:

a) Una postura sostiene la unidad de la vía a lo largo de toda la vida espiritual, la ascética y la mística son etapas de un mismo camino, que todos deben recorrer para alcanzar la perfección de la caridad. Así la ascética sirve de preparación y base para la mística, siendo la mística donde se logra la perfección de la vida cristiana.

b) La otra opinión sostiene la dualidad de vías (vía ascética, vía mística), por cualquiera de las dos se puede llegar indistintamente hasta las más altas cumbres de la perfección cristiana. Pero de tal modo que la vía ascética es la normal y común según la providencia

de Dios. La vía mística pertenece a la providencia extraordinaria de Dios, que constituye un camino anormal y extraordinario.

De allí que, al terminar este capítulo, y para clarificar lo dicho, trataremos de ver la relación entre la perfección cristiana y la mística.

1. La mística entra en el desarrollo normal de la gracia santificante.

La gracia se nos da como semilla, como germen que por su misma naturaleza pide crecimiento y desarrollo. Si la gracia se nos infundiera perfectamente desarrollada, sería inútil tender a la perfección. Por otro lado, vimos que la mística consiste en la actuación de los dones del Espíritu Santo al modo divino o sobrehumano que produce ordinariamente una experiencia pasiva de lo divino. Esta actuación de los dones está perfectamente dentro de las exigencias de la gracia.

Los dones no actúan al modo humano, pues serían inútiles y superfluos, esto es filosóficamente imposible (pues destruiría la naturaleza de los hábitos) y teológicamente absurdo (destruiría la naturaleza misma de los dones). Así o los dones no actúan, o actúan al modo divino, y por tanto estamos dentro de la mística. En el estado ascético los dones actúan raras veces, imperfectamente y con poca intensidad debido a la imperfecta disposición del alma (actúan de manera débil, imperfecta, latente). Si se intensifica y multiplica su actuación se va pasando gradualmente al estado místico.

2. La plena perfección cristiana se encuentra en la vida mística.

La gracia santificante que se recibe en el bautismo como semilla, para su pleno desarrollo requiere el crecimiento de las virtudes infusas, teologales y morales, principalmente de la caridad, cuya perfección coincide con la perfección de la vida cristiana. Las virtudes infusas, morales y teologales, no pueden alcanzar su perfección sino bajo la influencia de los dones del Espíritu Santo. Sin los dones se ven obligados a someterse al modo humano. Sólo la modalidad divina de los dones proporciona a las virtudes infusas la atmósfera, el ambiente propicio que estas reclaman por su excelencia y perfección. Sobre todo las virtudes teologales, de suyo divinas, se ahogan en una atmósfera puramente humana, desproporcionada a su naturaleza. Así la perfección de la vida cristiana es imposible fuera de la vida mística.

Ver: San Juan de la Cruz: Noche oscura, 1, 3, 3;

- «Porque por *más que el principiante en mortificar en sí se ejercite* en todas estas sus acciones y pasiones, *nunca del todo, ni con mucho, puede, hasta que Dios lo hace en él PASIVAMENTE por medio de la purgación de la dicha noche*» (Noche, I, 7,5)
- «Pero de estas imperfecciones tampoco, como de las demás, se puede el alma purificar cumplidamente *hasta que Dios la ponga en la pasiva purgación* de aquella oscura noche que luego diremos. Mas conviene al alma, en cuanto pudiere, procurar de su parte hacer por purgarse y perfeccionarse, porque *merezca que Dios la ponga en aquella divina cura*, donde sana el alma de todo lo que ella no *alcanzaba a remediarse*. Porque por *más que el alma se ayude, no puede ella activamente purificarse de manera que esté dispuesta*

en LA MENOR PARTE para la divina unión de perfección de amor, si Dios no toma la mano y la purga en aquel fuego obscuro para ella como y de la manera que habemos de decir». (Noche I,3,3)

3. Vocación general al estado místico.

Todos están llamados, al menos remota y suficientemente, a los estados místicos.

Y aquí nos conviene notar la causa por qué hay tan pocos que lleguen a tan alto estado de perfección de unión de Dios. En lo cual es de saber que no es porque Dios quiera que haya pocos de estos espíritus levantados, que antes querría que todos fuesen perfectos, sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y subida oración. (*Llama*, c.2, n.27)¹¹

4. Conclusiones finales.

1° Todos estamos llamados a la mística, como a la normal expansión de la gracia santificante, con un llamamiento remoto y suficiente por el mero hecho de estar en gracia de Dios (así como el niño por el hecho de nacer está llamado a la virilidad, así la gracia es el germen de la mística).

2° Si el alma es fiel y no pone obstáculos a los planes de Dios, llegará un momento en que ese llamamiento remoto se convertirá en próximo y suficiente. En efecto, los dones del Espíritu Santo convenientemente desarrollados como hábitos reclaman su actuación de una manera cada vez más apremiante.

3° Este llamamiento próximo y suficiente se convertirá en próximo eficaz si el alma al recibir el primero corresponde fielmente a él y no pone ningún obstáculo a la acción divina. Dios siempre da la gracia eficaz a quien no resiste a la suficiente.

4° El mayor o menor grado que el alma deberá alcanzar dentro de la vida mística dependerá tanto del grado de fidelidad o correspondencia por parte del alma, cuanto de la libre determinación de Dios según el grado de santidad a que la tenga predestinada.

Una muy buena noticia es que se pueden recuperar el tiempo perdido, las gracias perdidas por misericordia de Dios, cosa que debería darnos muchísima esperanza para seguir.

Notemos la expresión **y la tengan en abundancia**, que da a entender que Jesús no vino tan sólo a hacer que recuperásemos la gracia perdida, sino para darnos una vida más abundante y mejor que la que perdimos por el pecado. (San Alfonso de Liguorio)

Dios puede, si se le pide, acrecentar las gracias preparadas para un alma; y si ésta se muestra fiel en estos nuevos anticipos divinos, tal aumento puede compensar las pérdidas anteriores. Al que no utilizó una adversidad, puede el Señor enviarle otra en lo sucesivo... Estos

¹¹ El llamamiento exterior es general si se dirige a todos indistintamente, particular o individual, si se dirige a una persona determinada (los paganos están llamados en general a la vida cristiana por el Evangelio antes que tal o cual sea llamado en particular o individualmente). La vocación interior puede ser remota o próxima; la próxima a su vez puede ser suficiente y eficaz. Así todos los que poseen las virtudes y los dones, todas las almas en gracia, están llamadas de modo remoto. El llamamiento próximo será suficiente si el alma de hecho resiste a él, y será eficaz si hace entrar al alma de hecho en la vida mística.

suplementos no están sobre el poder de Dios ni son contrarios a su justicia. Es cierto, certísimo que el alma infiel no los merece; pero la oración ferviente y perseverante –a la que Dios lo ha prometido todo– puede conseguirlos infaliblemente. (Royo Marin)

Me es sumamente agradable este decidido propósito tuyo de hacerte santa. Bendigo tus esfuerzos y te daré la oportunidad de santificarte.

Sé atenta para que no se te escape ninguna oportunidad que mi providencia te dará para santificarte. Si no logras aprovechar una oportunidad dada no pierdas la calma sino que humíllate profundamente ante Mí, y sumérgete toda con gran confianza en Mi misericordia, y así ganarás más de lo que has perdido, porque un alma humilde se da con más generosidad, más de lo que ella misma pida... (Santa Faustina Kowalska, *Diario*, 1357)